

Los “niños” de la Misión: los nkondes de Malawi y el colonialismo británico del siglo XIX

César J. Solá-García, Ph. D.

Un pequeño grupo de misioneros presbiterianos de la Iglesia Libre de Escocia se embarcó en una campaña evangelista que lo condujo al Extremo Norte de Malawi en 1879. El hecho de que aún a finales del siglo XIX continuara el tráfico de esclavos en un lugar remoto motivó una empresa misionera. El tráfico aportaba a unos diez mil cautivos al mercado esclavista del Océano Índico y al del Atlántico. Éste era un territorio conocido por el nombre de Nyasalandia y que aún no había sido conquistado por nación europea alguna. La campaña se concentró en el grupo étnico principal del Extremo Norte; un pueblo conocido como nkonde. Los misioneros consideraban a los nkondes “víctimas” de la trata de esclavos en esa porción de Nyasalandia y, por lo tanto, se convirtieron en los “niños” o los protegidos de la Misión. Algunos de los misioneros escoceses se dedicaron al tráfico de marfil para poder financiar la costosa campaña evangelizadora. Las aldeas nkondes proveyeron a los ayudantes de cacería necesarios y a los portadores de marfil para las expediciones de caza de elefantes.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los misioneros británicos deploraban la continuidad del tráfico de esclavos en muchas partes de África. La fórmula para redimir a los africanos de aquello que los evangelistas consideraban la práctica auto-destructiva del continente se resumía en dos palabras: “cristianismo y comercio legítimo.” Esta frase atractiva se convirtió en todo un discurso destinado a integrar a vastas porciones del continente a la economía mundial. De acuerdo a este esquema, los africanos descartarían el tráfico de esclavos y la esclavitud misma atraídos por la oportunidad de participar en

DH Cuadernos de Investigación Histórica

un lucrativo comercio de productos agrícolas como el algodón, el café, el té y el tabaco. Estos bienes estaban en gran demanda en la Europa industrial y especialmente, en Gran Bretaña. Por otro lado, se esperaba que los africanos se convirtieran en consumidores de bienes manufacturados en Europa. La sola presencia de mercancías europeas crearía un apetito desmedido por el consumo o, al menos, así esperaban los misioneros que ocurriera. Ese deseo de consumo de bienes, señalado por Adam Smith en el siglo XVIII,¹ conllevaría el que los africanos produjeran para el mercado de exportación. El renglón principal de exportación no sería ya el de los esclavos sino el de los bienes agrícolas. Ese estímulo del consumo se uniría a la prédica cristiana misionera que aborrecía la esclavización de aborígenes y su explotación en las plantaciones o minas de África, Asia o América Latina. Entre ambos, el cristianismo y el comercio legítimo, impartirían el golpe mortal a la esclavitud y al tráfico.

Además, las economías europeas en expansión requerían de nuevos mercados que pudieran absorber los productos que salían de sus fábricas. Al iniciarse el último tercio del siglo XIX, la mayor parte del África sub-sahariana aún no había sido colonizada por ningún imperio europeo. El impulso original para la colonización, sin embargo, fue ideológico más que económico. Los misioneros, en muchos casos, llegaron antes que las tropas imperiales y reclamaron vastas extensiones territoriales para la cristiandad.

Sin embargo, en el caso del Extremo Norte de Nyasalandia, el comercio legítimo llegó antes que el cristianismo. La Iglesia Libre de Escocia aisló el componente comercial de su fórmula y lo colocó a la disposición de los nkondes antes que la parte religiosa de su agenda. Para que el cristianismo pudiera llegar hasta una zona tan remota, la Iglesia Libre debió crear primero una compañía comercial que liberara a los misioneros de la pesada carga de transportar alimentos, medicinas, municiones y correo desde la costa de Mozambique o la costa de Tanzania hasta el territorio de Malawi que carece de acceso al mar. Esta compañía se inscribió en Escocia con el nombre de Compañía de los Lagos Africanos (A.L.C., por sus siglas en inglés). Sus primeros empleados fueron jóvenes a quienes se les pidió que abandonaran sus metas de predicar a los africanos y, en vez de ello, se dedicaran a transportar los bienes manufacturados en Gran Bretaña que las estaciones misioneras requerían para su sustento. Por lo tanto, estos jóvenes se

¹ Adam Smith, *La riqueza de las naciones* (Río Piedras: Editorial Edil, 2005).

convirtieron en “comerciantes-misioneros” en vez de evangelistas. Se concibió a la A.L.C. como una empresa filantrópica y no se esperaba que rindiera ganancias inmediatas.²

Los gerentes de la Compañía fueron dos jóvenes escoceses, los hermanos John y Frederick Moir, a quienes luego se les unió otro escocés llamado Low Monteith Fotheringham. Se esperaba que los empleados de la Compañía enseñaran a los africanos, a través del ejemplo, a abandonar el tráfico de esclavos y a sustituirlo por el comercio legítimo, es decir, por el tráfico en productos agrícolas africanos y en artículos manufacturados en Europa.³

Una vez llegaron a África los empleados de la Compañía tuvieron que dedicar su tiempo y su energía a transportar los bienes desde la costa del Océano Índico hasta el interior de África. Con el fin de transportar la mercancía y los suministros para las estaciones misioneras de la Iglesia Libre de Escocia, los misioneros-comerciantes recurrieron a contratar a africanos para que sirvieran como cargadores. Los cargadores llevaban sobre sus hombros o cabezas estos bienes a través de largas distancias. En la mayor parte del África sub-sahariana pre-colonial la mercancía debía ser transportada por seres humanos, puesto que la tripanosomiasis o “enfermedad del sueño” mataba a los equinos y a otras bestias de carga. Por lo tanto, los agentes de la Compañía contrataban la labor de cargadores africanos para llegar hasta el Cabo Maclear, Bandawe y las otras estaciones misioneras en Nyasalandia.

El Extremo Norte del Lago Nyasa (hoy en día llamado Lago Malawi) estaba habitado por varios miles de personas que pertenecían a un grupo étnico conocido como nkonde. Este pueblo bantú practicaba la agricultura mixta a orillas del Lago Nyasa y en los llanos adyacentes. Los nkondes vivían en aldeas cada una de ellas regida por un jefe perteneciente a un linaje privilegiado.⁴ Los comerciantes escoceses pronto descubrieron que los jefes estaban dispuestos a colaborar con los esfuerzos misioneros en el Extremo

² Véase César J. Solá-García, “Slave Emancipation and Colonialism: The British Missionary and Military Campaigns and African Societies in Northern Malawi, 1875-1900” (Tesis doctoral, Universidad de Michigan-Ann Arbor, 1999), 276-283.

³ Low Monteith Fotheringham, *Adventures in Nyasaland: A Two Years' Struggle with Arab Slave Dealers in Central Africa* (1891) (Blantyre, Mal.: Malawi Against Polio, 1987, 4; Frederick L. Moir, *After Livingstone: An African Trade Romance* (Londres: Hodder and Stoughton, 1924), 7.

⁴ Véase Godfrey Wilson, *The Constitution of the Nkonde* (Livingstone, Rhodesia del Norte (Zambia): The Rhodes-Livingstone Institute, 1939).

DH Cuadernos de Investigación Histórica

Norte al proveer trabajadores para el transporte de bienes desde la costa. Los misioneros poseían armas de fuego. Los jefes nkondes entendieron que asociarse a los misioneros ofrecía un cierto grado de seguridad. Además, los jefes se interesaban en comprar la mercancía manufacturada en Europa. Algunos de esos bienes poseían un bajísimo precio en Gran Bretaña. Ése era el caso de la tela de cálico producida en las fábricas textiles británicas. En gran parte de África la tela de cálico era un símbolo de status y los reyes y jefes la usaban como vestimenta. Además, servía como moneda. Unas pocas yardas de cálico incluso podían servir para comprar a un esclavo.⁵

La disposición de los jefes nkondes a proveer cargadores fue útil a los misioneros de otras maneras. La A.L.C. operaba en África oriental y sudoriental con fondos muy limitados. Los comerciantes-misioneros tenían que cazar elefantes por toda la región para acumular fondos suficientes con los cuales cumplir con sus obligaciones de apoyo a la Misión. El marfil extraído de los elefantes ayudaba a los comerciantes-misioneros a comprar alimentos y otros artículos básicos de los cuales se proveían la Misión y las caravanas de cargadores a quienes dirigían a través de vastos territorios. Los hombres nkondes, por lo tanto, se convirtieron no sólo en cargadores sino en los ayudantes indispensables para las empresas de caza de elefantes. Por otro lado, también cargaban los colmillos de los elefantes cazados. A los ayudantes de caza nkondes se les pagaba con la carne de los elefantes. Los jefes a través de quienes se reclutaba a los cargadores y ayudantes de caza recibían un valioso colmillo por cada elefante cazado.⁶ Por lo tanto, la presencia de los comerciantes-misioneros se convirtió en una importante fuente de ingresos para los jefes en cuyas aldeas se reclutaba a los cargadores y en cuyos territorios se cazaban elefantes. Asociarse al cristianismo se estaba tornando en una empresa gananciosa para los jefes africanos mientras que ningún africano se había convertido aún a la fe de los intrusos de Europa.

Un puesto comercial se estableció en las costas del Lago Nyasa en 1879 debido a los contactos mutuamente beneficiosos de los comerciantes escoceses con los jefes nkondes y sus súbditos. El sitio se llamó Karonga y retiene su nombre hasta el día de hoy. Sin embargo, los misioneros presbiterianos no fueron los únicos personajes involucrados

⁵ Solá-García, 276-283.

⁶ Fotheringham, 8.

DH Cuadernos de Investigación Histórica

en las redes de comercio de larga distancia que estaban alcanzando la tierra de los nkondes a fines del siglo XIX. Durante la década de 1880 un grupo de comerciantes de esclavos y de marfil comenzó a arribar al Extremo Norte. La mayoría de los europeos residentes en Nyasalandia llamaba “árabes” a estos comerciantes debido a su fe musulmana y a sus contactos con comerciantes árabes de la costa del Océano Índico. En realidad, la mayoría de los comerciantes llegados al Lago Nyasa eran swahilis procedentes de la costa índica. Los agentes de la A.L.C. se convirtieron en socios comerciales de los traficantes swahilis. Los escoceses solamente comerciaban en marfil con sus contrapartes swahilis, puesto que el comercio de esclavos había sido ya prohibido en todo el mundo occidental. Sin embargo, los tratos comerciales entre evangelistas y cazadores de esclavos resultaron una obvia contradicción. El hecho de que muchos europeos sintieran la necesidad de enseñar a los africanos a abandonar el tráfico de esclavos motivó el establecimiento mismo de las misiones presbiterianas. Los jóvenes comerciantes-evangelistas de la A.L.C. no ignoraban el que sus socios swahilis musulmanes no solamente compraban marfil sino que, además, atacaban a algunas aldeas nkondes en búsqueda de cautivos.⁷

Esta contradicción evidente llegó a un clímax en 1887. Tres traficantes swahilis ordenaron asesinar a dos jefes nkondes. Estos jefes swahilis entonces ascendieron al poder en el Extremo Norte y gobernaron a un grupo de aldeas que se convirtieron en sus cuarteles generales para el tráfico de esclavos y de marfil. Los comerciantes swahilis reclutaron a unos grupos de hombres armados conocidos como los “ruga-rugas” procedentes de distintas comunidades del territorio de Tanganica situado al norte de Nyasalandia. La alegada crueldad y astucia de los presuntos “árabes” no disuadió ni a Fotheringham ni a su ayudante John L. Nicoll de continuar comerciando con los swahilis. La presencia de los jefes traficantes de esclavos creó un alto grado de disrupción en el Extremo Norte. Cuando los nkondes reunieron a un ejército de dos mil hombres con el fin de atacar a los jefes swahilis, los agentes de la A.L.C. se vieron forzados a tomar partido.

Muchos de los africanos subyugados por los jefes swahilis eran cargadores y asistentes de caza de la Compañía. Desde la llegada de los agentes de la A.L.C. a Karonga, los nkondes de las aldeas cercanas habían reconocido a los escoceses como sus

⁷ Moir, 133.

el fin de salvar las vidas y los proyectos evangelizadores de un pequeño grupo de hombres de fe.

Irónicamente, la meta de convertir a los nkondes al cristianismo se había pospuesto. Los nkondes se convirtieron en empleados de una empresa comercial europea en vez de convertirse en cristianos. Transportaban como cargadores mercancía europea sobre sus hombros y asistían a los misioneros-comerciantes en sus correrías como cazadores de elefantes. Los colmillos obtenidos en estas aventuras se colocaban sobre los hombros de los mismos cargadores nkondes y luego se vendían frecuentemente a comerciantes swahilis quienes, además, eran cazadores de esclavos. Los misioneros se convirtieron en comerciantes más que en evangelistas y, además, se convirtieron en jefes políticos pero no en líderes espirituales de africanos. Durante los primeros diez años, los comerciantes-misioneros no se esforzaron en convertir a aquéllos que se definían a sí mismos como los “niños” de los agentes. En un principio, el cristianismo llegó a esta apartada región como una empresa puramente comercial y no como un esfuerzo por transformar la espiritualidad ni la visión de mundo de los africanos. En 1889, diez años después de la fundación del puesto comercial de Karonga, llegaron finalmente al Extremo Norte los primeros dos verdaderos evangelistas, Alexander Bain y el Dr. David Kerr Cross.¹¹ Sin embargo, la llegada de los primeros evangelistas no significó el comienzo de una vigorosa campaña cristiana. Bain murió de fiebre y nefritis durante ese mismo año mientras que el Dr. Cross debió dedicar sus esfuerzos, al principio, a proveer servicios médicos a los europeos y a los africanos afectados por la “Guerra Árabe.”¹²

El colonialismo europeo de finales del siglo XIX fue presa de sus propias contradicciones. La sola presencia de artículos manufacturados europeos no transformó la estructura de comercio de larga distancia de África en donde el tráfico de esclavos figuraba como un renglón importante. La prédica misionera, por otro lado, no podía efectuarse en zonas remotas sin que primero se estableciera una red comercial que sirviera de apoyo a los evangelistas. La red comercial de la A.L.C., además, se vio forzada a traficar con sus enemigos, los comerciantes de esclavos swahilis, por razones

¹¹ “Dr. David Kerr Cross to the Sub-Committee on the Livingstonia Mission, October 15, 1889” (R.U.: National Library of Scotland, MS 7912), 166.

¹² “Dr. David Kerr Cross to the Sub-Committee on the Livingstonia Mission, August 11, 1889” (R.U.: National Library of Scotland, MS 7877), 31-32.

prácticas ya que éstos compraban asiduamente el marfil de cuya venta dependía el sostenimiento de la Misión. Fueron, en cierta medida, las categorías creadas por los misioneros-comerciantes, el factor que forzó a la Compañía y, por extensión a la Misión, a tomar partido en el Extremo Norte.

Los misioneros no pudieron comprender, en un principio, que el introducir mercancía en el África sub-sahariana a través del comercio de larga distancia constituía un acto político propio de jefes. Sólo los jefes podían movilizar la mano de obra necesaria, es decir, los cargadores. Sólo los jefes reclutaban al gran número de cazadores y ayudantes requeridos por cualquier aventura de caza de elefantes. Al aparecer en una zona remota de África armados y provistos de valiosas mercaderías, los misioneros, inadvertidamente, se convirtieron en jefes cuya autoridad se elevaba por encima de la de los jefes nkondes. Los nkondes no recibieron prédica evangélica alguna por diez años pero sí se transformaron su identidad en la de súbditos o en el lenguaje político africano, en la de “niños” de la Misión. Su papel político los obligó a asumir la función protectora que sus “niños” esperaban de quienes habían asumido la identidad de “padres” políticos. Por otra parte, los traficantes swahilis, antes considerados socios de los comerciantes-misioneros, se transformaron en enemigos. El término “árabe,” un calificativo erróneo, se convirtió en la categoría o identidad impuesta por los misioneros a sus antiguos socios. El llamar a los swahilis “árabes,” por otro lado, le confería a la mal llamada “Guerra Árabe” el carácter incorrecto pero paradójicamente apropiado de “cruzada” medieval. Este conflicto armado concebido como cruzada contribuyó a apresurar la intervención militar británica de 1891. En resumen, por un lado, las empresas coloniales de la Era Industrial impusieron identidades a los africanos. Por otro lado, sin embargo, por una relación dialéctica, las identidades impuestas a los colonizados, a su vez, impusieron identidades a los colonizadores que los obligaron a actuar siguiendo una lógica que no era del todo europea sino africana también.

Bibliografía

- Correspondence of Dr. David Kerr Cross to the Sub-Committee on the Livingstonia Mission* (1889, August 1) R.U.: National Library of Scotland, MS 7877, 31-32.
- Correspondence of Dr. David Kerr Cross to the Sub-Committee on the Livingstonia Mission* (1889, October 15) R.U.: National Library of Scotland, MS 7912, 166.
- Fotheringham, Low Monteith. *Adventures in Nyasaland: A Two Years' Struggle with Arab Slave Dealers in Central Africa*. Blantyre: Malawi against Polio, 1987, publicado originalmente en 1891.
- Moir, Fredrick L. *After Livingstone: An African Trade Romance*. Londres: Hodder and Stoughton, 1924.
- Pachai, Bridglal. *Malawi: The History of the Nation*. Londres: Longman, 1973.
- Solá-García, César J. "Slave Emancipation and Colonialism: The British Missionary and Military Campaigns and African Societies in Northern Malawi, 1875-1900." Tesis doctoral, Universidad de Michigan-Ann Arbor, 1999.
- Wilson, Godfrey. *The Constitution of the Nkonde*. Livingstone, Rhodesia del Norte (Zambia): The Rhodes-Livingstone Institute, 1939.